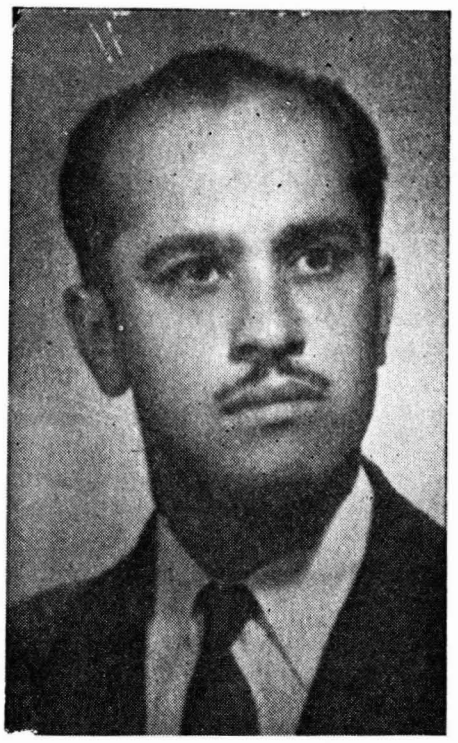
DIRECCIONES DE LA LIRICA MEXICANA

POR



RAMON GALVEZ

Texto de la primera de las conferencias sustentadas en la Hemeroteca Nacional, bajo el patrocinio de la Dirección General de Difusión Cultural.

Por estos días se cumplirá la fecha en que iniciamos Vicente Echeverría del Prado y yo, en las páginas dominicales del desaparecido suplemento tabloide de *Novedades*, la antología de la poesía mexicana en sus diversas épocas. Precisamente en abril de 1946, aparecieron las primeras páginas de selección en las que siempre imperó la sincera comprensión, el espíritu de la cordialidad y la intención desapasionada, para toda obra que significara, indiscutible manifestación poética, un reflejo de la cultura patria.

Seguramente que el humano defecto pudo acompañar esa labor, con aceptación plena reconocemos errores cometidos; pero es innegable que cumplimos periodísticamente —la poesía es periodística— una labor pública de rito poético, haciendo que los versos mexicanos estuvieran al alcance de todos, esos versos que tanto tiempo fueron desdeñados por el diarismo considerando cosa pueblerina y yerta la divulgación de la poesía. Creemos nosotros, en cambio, que la poesía es la suprema educadora, entendiendo que abarca la inmensidad de la Naturaleza; creemos, con Werner Jaeger, que el poeta es el intérprete creador de la tradición.

Cuando en abril de 1949, por circunstancias que no viene al caso referir, cesamos Echeverría del Prado y yo esa labor antológica en el periodismo, ya había sido recorrido un camino de revisión de nuestra historia literaria desde Juana Inés de la Cruz hasta nuestros días, ya se había suscitado la inquietud por conocer diversas expresiones poéticas de la colonia, habían aparecido figuras ignoradas del gran público, inéditas algunas de ellas y valiosas casi todas. Al concluir, tuvimos la satisfacción de haber sido útiles a los demás: simplemente.

Hoy en esta plática que con énfasis inmerecido ha sido llamada conferencia, reconstruyo mis impresiones, me acerco a la fuente de las imágenes, respetuosamente pronuncio los nombres de la leyenda, con la sobriedad de los poemas pretéritos y la alegría de convivir la intuición de los versos modernos. Que nada manche mi voz, y sin pasión impura, pueda seguir el latido de la poesía de México.

Ensordecida la sensibilidad indígena con la abrumadora invasión de la conquista europea, se interrumpió el ritmo poético de aquel lenguaje misteriosamente surgido de la garganta de los pájaros silvestres, que discurría en el murmurar lacustre de imperiales poderíos. Se detuvo la danza de los sagrados ademanes; el sol dejó de propiciar la rutilante raza de los guerreros que entonaban sus himnos bajo el inmenso cielo de las tempestades; las florestas perdieron el susurrante aliento de las canciones corales y se extendió en altitudes, llanuras y desiertos la elegía de los graves silencios.

El Imperio de los hombres del sol, que vió derrumbada la alteza de su vigoroso palacio de obsidianas y que sufrió el cumplimiento de sus fatales profecías, se esclavizó en el idioma de acero y cólera de las encomiendas, entre las blasfemias y las injurias del látigo. Así aprendió el americano la hermosa lengua que se fraguó en la península, rodeada por los navegantes fenicios de astucia y avaricia, que recorrieron las legiones romanas implantando el rigor de sus instituciones inmortales y que subyugara el árabe con la sutileza del nardo y la sabiduría sensual de sus paraísos morenos. Fanática, afiebrada, rigurosa e implacable, la España del Renacimiento desbordó con la amplitud de las herencias su ambición vital y, pletórica de virtudes y defectos, fomentó la estirpe antigua en las tierras gigantescas de las Indias, abrazadas por los mares del universo. Dió nombres mestizos a montañas y ríos, a ciudades y bosques.

España fué la epopeya del asombro y del mito, la tragedia de la avaricia, el madrigal franciscano y la humanidad futura. Desplegó sus ejércitos de metal y lujuria; abrió los ojos ante la inmensidad, construyó fortalezas y templos, amó profundamente y opresora y libérrima, renació en la sangre de los sacrificios y comulgó la carne indígena de las absoluciones.

La sociedad colonial que tuvo todas esas resonancias, antes de presenciar la vida de Juana de Asbaje, prodigio del ingenio racial, máxima musa, vió reflejada la cortesanía de sus costumbres, el renovado esplendor de la vida castellana, en los versos ágiles y heráldicos de Balbuena, que declamó la *Grandeza Mexicana*; en los sonetos de Francisco de Terrazas, que se dejaba influir por Garcilaso y por el portugués Luis de Camoens, y en los místicos de Miguel de Guevara.

Símbolo del virreinato, en el apogeo constructivo del siglo XVII, mientras sobre las sinuosas superficies de Nueva España se trazaban caminos, y se fundaban ciudades, centros religiosos y políticos, floreció con el milagro alegórico del talento y con la gracia imperecedera de la inspiración, Sor Juana Inés de la Cruz. Ninguna curiosidad faltó a su temperamento singular: la comprensión por los problemas científicos de su tiempo, el gusto por la música, la devoción de los misterios teologales y, sobre todo, el cultivo de la poesía en sus diferentes manifestaciones. Tal parece que el espíritu de su siglo, empeñado en desarrollar exhaustivamente el movimiento civilizador en la colonia, saturó el alma femenina de la monja iluminada, que dejó en sus páginas, huellas de un ingenio aún no igualado en nuestras letras. Dominó las retóricas más exigentes de la época de oro española, escribió teatro profano y sagrado, disertó sobre cuestiones espirituales y temporales, discutió las primeras libertades del pensamiento que no reconocen nacimientos ni sexos, y cantó con un lirismo que, ajustado a las modas que Góngora y Quevedo hacían preponderar en la metrópoli, no se queda atrás de los más nobles, preclaros y famosos. Su vida fué la mejor constancia del relieve espiritual de la colonia. Su inquietud emblematiza a la mujer y a la tierra de América, que no es índice exclusivo de una sola tendencia o de una sola sangre. Recuérdese que Sor Juana enorgullecía su humanismo incorporando a la poesía culta sus *tocotines* escritos en lengua aborigen. Intuía que en América se fusionaría el espíritu del hombre con todas sus expresiones culturales.

Monumental y ejemplar, debe recordarse la obra de Rafael Landívar, el latinista autor de la *Rusticatio Mexicana*, que con tan apasionado sentimiento cantara los seres y las cosas de la Nueva España. Por diversas traducciones libres y parafrásticas, nos hemos podido percatar de la importancia de los hexámetros de Landívar cuya vitalidad aún persiste idéntica. Independientemente de las formas, muchas veces recargadas, en que esculpía su pensamiento, el mérito de Landívar consiste en haber recogido, por primera vez, en un ciclo de rapsodias, el múltiple espectáculo americano, que siglos más tarde capturarían los mexicanos modernos Othón y Díaz Mirón, el argentino Lugones y el peruano Santos Chocano; bien puede ser, además, antecesor del aliento poderoso del norteamericano Walt Whitman, si no por el mensaje filosófico, sí por la vasta perspectiva. Desgraciadamente su famoso poema, escrito en latín, no pertenece de lleno a nuestra literatura. Si el idioma español lo hubiera recibido, sin duda que la escuela nacionalista de Ignacio Altamirano tendría en Landívar su indudable antecedente.

Las conmociones políticas que finalizaron los siglos del virreinato no fueron propicias para el desarrollo de la lírica. Apenas si Manuel Navarrete con sus versos no muy deslumbrantes deja oírse. La vida guerrera de los primeros tiempos independientes tuvieron su significación lírica en Andrés Quintana Roo, que con arrebato cívico se entregó a la causa y escribió odas y estrofas progresistas, más atentas al contenido revolucionario que a la factura retórica.

Años de indecisión, décadas en busca de lo falso y lo exótico, ajeno a nuestra entidad geográfica y espiritual, sumisión a la fórmula europea en el gusto por los temas y las preocupaciones, se acentuaron en las estampas de Israel y Egipto, de Nínive y Roma, que Manuel Carpio, Pesado y otros *salmistas* —que así los llamó la opinión mexicana— rimaron con lujo de frialdad y rimbombancia. Luego el romanticismo que estalló con el suicidio de Manuel Acuña, célebre Werther criollo, nostálgico de la noche y de la muerte, nos llevó a exageraciones de mal gusto y ademanes inútiles.

Todo se moderó con la templanza de Ignacio Altamirano. Más fecundo que *El Nigromante*, con un decisivo instinto musical, maestro de muchas generaciones, talento político nunca en calma, pudo adoctrinar sobre las nuevas corrientes de la poesía mexicana. Incitaba a la contemplación de la naturaleza, a su amor sin engaños. Y pedía nuevas libertades a la academia de los formulismos para entroncar con la lírica habitual, el vocabulario americano, rico en regionalismos y fuente de recursos para la matización del poema. De Altamirano, de sus fluviales estrofas, derivan conscientemente el clásico Manuel José Othón, quien además conoció la *Rusticatio* de Landívar traducida por Joaquín Arcadio Pagaza, y el modernista Manuel Gutiérrez Nájera, quien con Carlos Díaz Dufoo fundó la *Revista Azul* dando principio al movimiento renovador en nuestras letras. Desde Sor Juana Inés de la Cruz no se había revelado tan plenamente la vocación lírica como en Gutiérrez Nájera. Exclusivamente hombre de letras, batalló en el periodismo heroico de su tiempo. Poemas, crónicas, cuentos y relatos magníficos, lo acreditan en la historia literaria de México. Espíritu ávido y pródigo, ensayó todas las métricas y las literaturas, aligeró el carácter del poema, fué a las raíces mismas de la palabra y renovó con acierto ático y sutileza al modo francés la estrofa tradicional española. Sus consagradas "Odas breves" son la mejor prueba de ello. No creo que todavía se haya trascendido en nuestra poesía, una manifestación de lírica tan armoniosa y bella.

Al desaparecer su editor la *Revista Azul* murió, pero no su impulso renovador. Se afirmó en la *Revista Moderna* que fundó Jesús E. Valenzuela, y codirigió con Amado Nervo. En ella se consagraron entre otros José Juan Tablada, Balbino Dávalos, Rubén M. Campos, Ciro B. Ceballos y el malogrado Bernardo Couto, así como el genial dibujante Julio Ruelas; en sus páginas agrupó los nombres de Jesús Urueta, Luis G. Urbina, José I. Novelo y otros. En esa revista se dió a conocer Manuel Puga y Acal, de quien es la famosa crítica sobre los tres poetas más conocidos en el límite de los siglos XIX y XX: Juan de Dios Peza, Salvador Díaz Mirón y Manuel Gutiérrez Nájera. Después de ella, Peza optó por un silencio decoroso, dolido por la censura a su sentimentalismo; Díaz Mirón sujetó sus verbosos arrebatos y pasó a la estricta disciplina que produjo *Lascas* y los poemas posteriores a ese libro, en los que además de la pureza acentual del verso sin ripios ni cacofonías, el ademán del poema es impecable; asimismo su comentario a la falta de realidad directa en el poema "Tristísima Nox" de Gutiérrez Nájera, definió en adelante, según lo confiesa en su epistolario Manuel José Othón, su impulso ya iniciado entonces, de consagrarse a la emoción y al canto de la naturaleza patria.

Aquí, es oportuno reflexionar que para la independencia política de América Simón Bolívar es el héroe. Su acción guerrera, su pensamiento político, la constitución de varias naciones, y sus conceptos filosóficos y proféticos para el porvenir del continente aún no han sido superados. No obstante la influencia de su espíritu que penetra todas las regiones americanas, Bolívar, que es un símbolo, está al margen de las realidades y problemas políticos y sociales de México, que José María Morelos, nuestro héroe y visionario, precisó y resolvió ideológicamente, al promover histórica asamblea, origen de la primera constitución absolutamente nacional, que desafortunadamente no tuvo vigencia.

CALIDRA S. A.
M.I.R. PAT. 38465
CALIDRA
Un SOLIDO PRESTIGIO para UNA SOLIDA CONSTRUCCION
"CALIDRA", S. A.
FERROCARRILES NACIONALES 155. COL. ANAHUAC, D. F.
Eric. 17-32-23 y 17-39-65; 38-29-46. Ap. Postal 1. Suc. Mariano Escobedo, D. F.

Para los valores literarios —puntualmente: los líricos—, Rubén Darío es la equivalencia espiritual de Simón Bolívar. Su obra, resumen de las tentativas de expresión renovadora y libre hasta entonces dispersas concreta, sobre todo en *Cantos de vida y esperanza*, el cauce al que afluyen todas las energías nonatas de la poesía americana, antes de él sujetas a la tradición impuesta por la literatura española. Ahora bien, el mismo orden de relación establecido para lo político, rige para lo poético: Bolívar y Morelos, Darío y Gutiérrez Nájera, cabeza del movimiento moderno de la poesía mexicana.

Apuntado lo anterior, es pertinente aseverar que si bien la poesía mexicana participó de las inquietudes suscitadas por Rubén Darío, también es cierto que existió un fenómeno poético local encarnado en Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel J. Othón, en principio, continuado por Urbina, Nervo y González Martínez y culminante en Ramón López Velarde, quien no se limitó a la gracia y buen gusto de Gutiérrez Nájera o a la profundidad del sentimiento othoniano; ni a la castigada expresión de Díaz Mirón enemiga implacable del lugar común o a la *crepuscular* de Urbina; tampoco a la cultivada serenidad de Nervo ni a la solemne poesía del autor de las "Parábolas", sino que amalgamó las virtudes de los mencionados líridas y entrañó la poesía nuestra con un vocabulario esencialmente mexicano, formado por varios siglos de mestizaje racial y espiritual. López Velarde, que auscultó "la exquisita partitura del íntimo decoro" de la nacionalidad, abre el franco horizonte de una lírica que caracteriza, dentro de lo universal, un perfil de neta e inconfundible mexicanidad.

Después, y encaminados en la senda que él trazó, se destaca la obra acuciosa de los "Contemporáneos" y sus contemporáneos: Xavier Villaurrutia, de torturante autocrítica; el desconcertante Salvador Novo, que oscila de lo frívolo y humorístico hasta lo dolorosamente irónico; José Gorostiza, de inigualada claridad lírica y penetrante inteligencia; Renato Leduc, sarcástico y paradójicamente ingenuo; Jaime Torres Bodet, sobrio y mesurado en la variedad de su temática; Manuel Maples Arce, cuya ambición poética lo incitó a producir la tendencia estridentista; Bernardo Ortiz de Montellano, desigual en la factura de los versos, pero sostenido en su nota de mexicanidad; Elías Nandino, primero indeciso, luego apasionadamente colorido y por fin poeta de gran hondura y estremecimiento original; Alfonso Gutiérrez Hermosillo, nutrido de inquietudes, con un acento tierno y severo, dueño de un lirismo notable que la muerte suspendió en franca producción; Jorge Cuesta, sonetista intachable, arquitecto de estrofas cíclicas, cuya obra a la fecha se encuentra dispersa; Miguel N. Lira, que ha hecho del "corrido" una dignificación a la altura de la poesía culta; Daniel Castañeda, que acusa una dirección poética nutrida en las fuentes del arte popular, ha cultivado también el corrido, quizá con más acierto nacional, y mucho ha hecho por la literatura formalista, pues a él se debe una innovadora teoría que hace evolucionar la rima; Leopoldo Ramos, muy seguro de su vocación, de palabra enfática y elevada, ha buscado sin descanso la pureza de las raíces del vocablo poético y ha llegado a la diafanidad de la emoción admirable, pura, inefable; Carlos Pellicer, figura continental que por la órbita que señala su obra completa y por la renovación que realiza es quien exalta todas las manifestaciones apuntadas en los poetas citados. La importancia de su labor, lo erige en un Darío actual.

Las más recientes generaciones, herederas de esa múltiple inquietud estética, agregan en sus producciones anhelos, fervores eminentemente mexicanos, pero vinculados a lo humano universal, que no permite raquíticos regionalismos ni "artepurismos" infecundos. Algunos de los nuevos poetas se han agrupado, igual que sus antecesores, para animar la publicación de revistas literarias que en ocasiones son índice de cenáculos y capillas y otras veces reúnen las más diversas inquietudes y tendencias. Pueden nombrarse: *Taller, Tierra Nueva, Tiras de Colores, Firmamento, Rueca, Cauce, Vórtice, Hoja de Poesía, Hojas de Literatura, América* y *Fuensanta*. Ellas dieron a conocer a Octavio Paz, Efraín Huerta, Rafael Solana y Alberto Quintero Alvarez, los más inmediatos en tiempo a sus predecesores "contemporáneos". Paz, definitivamente logrado, con exponentes tan altos como los poemas que reúne en la parte final de su último libro *Libertad bajo palabra*; Huerta, que todavía no se aparta por completo de sus originales influencias; Solana, que ha abandonado casi el cultivo del verso; Quintero Alvarez, silenciado por la muerte prematura; Alí Chumacero, que a lúcida conciencia estética une el misterioso incentivo de una vocación poética apegada a lo esencialmente lírico y depurado, no abandona la insistencia del poema; Jorge González Durán, con un libro triunfal: *Ante el polvo y la muerte*; Vicente Magdaleno, de seca entonación y temas trascendentalistas, detuvo su obra lírica con el volumen *Atardecer sin lirios*; Neftalí Beltrán, autor de *Soledad enemiga*, poemario que lo revela dueño de las formas retóricas y de un espíritu sutil y moderno, matizado de patetismos insospechados en nuestra literatura; Jorge Hernández Campos, de una sensibilidad claramente indígena; Jorge Ramón Juárez, que con sus sonetos descriptivos del paisaje veracruzano, ha consolidado su trayectoria de poeta dotado de notable capacidad objetiva; Roberto Guzmán Araujo, Efrén Hernández y Marco Antonio Millán se identifican en su afán por volver a las formas clásicas; el tono vibrante de uno, el deleite verboso, íntimo y nimio del otro, la cláusula franca y severa del tercero, señala sus diferencias; Lerín, Asúnsolo y Gómez Mayorga destacan por el sentido riguroso, personal, de sus impresiones, ya sostenido en la levedad de la músioa verbal, ya de imagen precisa y relevante, ya esotérica e inarmónica; Manuel González Flores, autor de varios

volúmenes, señala un proceso de responsabilidad poética alejado de grupos y componendas; en la provincia destacan Rafael del Río, Héctor González Morales, Jesús Medina Romero, Antonio Peñaloza y Arturo Sotomayor; Margarita Paz Paredes, Margarita Michelena y Guadalupe Amor, en simultáneo florecimiento, dan categoría en sus cantos al júbilo solar, al sentimiento de la angustia y al de la muerte respectivamente; Rosario Castellanos, correcta en la estructura de sus versos, y Dolores Castro, animada por ensoñadoras ternuras, significan una vuelta a los temas bíblicos; Vicente Echeverría del Prado, sonetista pulcro y fecundo que no cesa en su tarea, debía derivar hacia el poema de gran aliento; Javier Peñaloza Calderón y Rubén Bonifaz Nuño, muy cuidadosos de la finura del poema y que junto con Pedro Cafarell Peralta, Jesús Reyes Ruiz y el muy inteligente Miguel Alvarez Acosta, forman el equipo de campeones de los juegos florales en boga; Aníbal Magaña, Ramón Galguera Noverola, Miguel Duhalt Krauss, Rubén Calatayud Balagueró y José Vicente Ibarra, el intuitivo autor de *Sontoncone*, guardan inéditos los meritorios signos de sus obras; y entre los más recientes, Ramón Mendoza Montes, Francisco Serrano Méndez, Jesús Arellano, Jaime Sabines, aún muy cerca de modelos visibles.

Sin edad, perteneciente a todas las inquietudes, humanista, poeta síntesis de todas las tentativas, don Alfonso Reyes, ateneísta incansable, satura a lo largo de este medio siglo nuestra literatura y eleva su maestría por encima de las fronteras del espíritu nacional. En esta mención, queda aludido en cada momento como una certidumbre de ingenio, un acierto de la inteligencia mexicana, honra de luminosa humanidad.

Entroncados valerosamente al misterio de las metáforas de estirpe aborigen, inconmovibles aunque silenciosos algunos de ellos, nombremos al maestro Antonio Médiz Bolio, Clemente López Trujillo, Francisco González Guerrero y a los entusiastas Humberto e Ignacio Magaloni; este último ha logrado en su libro *Oído en la tierra*, de aparición reciente, capturar el espíritu sustantivo de América; ha actualizado el poema de los libros sagrados y el convencimiento de nuestra originalidad. Ultimo en la mención, primero en una lírica que se enfrenta a los problemas múltiples de México, está el nombre de José López Bermúdez, cuya protesta patria, que replica los conformismos coloniales de López Velarde, culminó en su *Canto a Cuauhtémoc* donde inicia los derroteros de una poesía conscientemente respaldada en sus fuentes heroicas y obligada a promover entre los mexicanos el espíritu esforzado del progreso y de la ciudadanía alerta y superior. Vinculada con la posición épico-lírica de López Bermúdez, conclusión de las multiplicadas direcciones de nuestra lírica y a manera de excitativa final, afirmemos que hasta hoy los poetas mexicanos no se habían enfrentado al compromiso de hablar o de intentar hablar para los mexicanos que entienden a México, desde antes de la Conquista y que comprenden su destino tempestuoso refinadísimo y sagrado, como la suma de elementos geográficos, históricos y sociológicos, que lo hacen heredero auténtico de la cultura humana. De ninguna manera europeo, tampoco plenamente americano, México se debate en el constante caos, en la búsqueda del equilibrio entre el Viejo y el Nuevo Mundo, entre sus viejas razas y sus hombres actuales, queriendo resolver arcaicos y futuros anhelos, problemas de toda índole y especie. Acción y pensamiento, idioma castellano y religiosidad aborigen, la edad de piedra y la del prodigio atómico, son los contrastes que rodean al poeta mexicano; en una área épica de tensa lucha e inquietud, si no elabora una épica entendida con rigorismo retórico —tal que se relacione con sucesos guerreros alternados con la monotonía primitiva de los epítetos y los diálogos que se prolongan con anécdotas heroicas y chismes celestes— sí se enfrenta a su realidad, y con legítima ambición, pretende apoderarse de la esencia de México, la fuente y los océanos de su energía vital.

Epico y cardinal, por heredarlo todo y por la magnitud del futuro que ante él se presenta, debe el poeta mexicano moderno superar las limitaciones de la palabra, no dejarse ahogar por preceptivas o fórmulas y buscar insaciablemente, desdeñando polémicas, la fórmula integral del poema de México.

Seguir cómodamente y sin superarlos de ninguna manera, a San Juan de la Cruz, a Góngora o a Quevedo; a Shelley o a Keats; a Hoelderlin o Rilke, a Valéry o a Wilde, es una tarea que con seguridad establece un renombre rápido y una fácil situación. Conservar, fomentar los caminos ejemplares es bueno y es noble; pero amparar en obras periclitadas, aunque clásicas, los nuevos intentos, es querer escabullir la creación verdadera que al igual de la aparición de los mundos y de los universos es dolorosa, esforzada y heroica.

Sin desdeñar en nada las obras admirables de nuestros poetas consagrados y sin establecer comparaciones, el poeta de México, comprometido con los destinos de su nación, ha de recrear la órbita de su canto entre la grandeza de su pasado que se pierde en las remotas y legendarias peregrinaciones nahoas y el universo de nuestro porvenir.

CIBA
DE MEXICO, S. A.
•
GUERRERO, 2.
Teléfonos:
38-16-34
18-65-74
18-6593
MÉXICO, D. F.

Adiós al Maestro Ochoterena

Oración fúnebre pronunciada por el licenciado Luis Garrido, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, en los funerales del eminente biólogo doctor Isaac Ochoterena (12 de abril de 1950).

Vengo a decir aquí unas breves palabras de despedida, en nombre de la Universidad Nacional de México, al ilustre hombre de ciencia y trabajador constante que hoy abandona nuestra compañía para gozar, al fin, del bien ganado descanso en el amor de la madre tierra, después de cumplida su misión fecunda y ejemplar, como pocas en nuestro medio.

Decir los merecimientos del Maestro Ochoterena, no sería sino repetir lo que todo el mundo sabe: lo que está en la conciencia de aquel que conoce los desvelos del hombre de estudio y lo que ha llegado hasta la conciencia popular, puesto que no hay mexicano que ignore que él era uno de nuestros auténticos valores intelectuales.

No me detendré, pues, en pormenores de su actuación de ciudadano, ni de su paciente trabajo de investigación, ni de su atinada labor de tratadista, ni de su empeño, más humilde pero no menos eficaz, de divulgador científico en revistas y periódicos, al que consagró buena parte de su tiempo como consecuencia de su incesante afán por elevar el nivel cultural de nuestro pueblo. Pero, si no me detengo a revisar toda la obra de su vida, quiero, no obstante, recordar los rasgos de su carácter y de su conducta que considero esenciales porque señalan nítidamente los perfiles de la noble figura del Maestro.

Su biografía no es de las que se llenan, ostentosamente, con prolijas enumeraciones de los altos puestos desempeñados, en constante cosecha de triunfos merecidos o contestables. La biografía del Maestro Isaac Ochoterena es la de un sabio verdadero, sujeta a las vicisitudes del medio, pero siempre fundada en una conducta ejemplar e invariable. Su vida fué la del humilde maestro de escuela, iniciada en la provincia, que con escasos elementos para el estudio logra encauzar sus propósitos en una dirección bien definida, la de las ciencias biológicas, en las que alcanzó reputación y maestría. Su vida fué de perseverancia y de sacrificios. Y por este camino llegó a la conquista de vastos conocimientos, que luego supo transmitir a la cátedra. Así se le vió en nuestra Escuela Preparatoria, en la de Medicina, en la de Odontología, en la de Veterinaria. Así se le vió trabajar en el Instituto Nacional de Biología, en el Departamento de Investigaciones Científicas de la Secretaría de Educación Pública y en El Colegio Nacional, del que fué miembro fundador. Y así logró sus concienzudos tratados de Histología, de Biología, de Citología, etc. Fué la suya, en pocas palabras, la vida de un verdadero estudioso, y de un verdadero maestro. Deja muchos discípulos, entre los que no faltarán quienes honren al Maestro siguiendo su ejemplo. Si también hubiera ingratos, entre ellos se cumpliría, hasta en esto, la suerte de los grandes maestros, que son negados cuando no pueden ser superados.

Todo entra, naturalmente, en la cosecha del hombre de positiva significación. Y como su valía ha sido bien reconocida dentro y fuera de México, cuyo prestigio de alta cultura supo representar en el extranjero, nuestro Gobierno acordó con gran acierto que fuese sepultado en esta Rotonda de los Hombres Ilustres, como justo homenaje a uno de los más altos exponentes de la ciencia mexicana.

El Maestro cumplió su misión y ahora hay que desearle el goce perpetuo de la paz, como la deseaba Othón para el hombre que había tenido "la inefable dicha de ser sabio y el orgullo sagrado de ser bueno". Pocas veces, como ahora, se antoja repetir ante los despojos de quien ha merecido el amor y el descanso perdurable, los lapidarios versos de nuestro gran poeta:

Al fin en el amor los ojos cierra;
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?